

Andar los recuerdos: elementos para pensar el territorio desde los procesos de retorno de población desarraigada por la violencia

Recollections: Elements to consider Homeland form processes of return of people displaced by violence

María Angélica Garzón Martínez

Universidad Nacional de Colombia

magarzm@gmail.com

RESUMEN

El artículo inicia planteándose la pregunta: ¿Cómo entender el territorio en el marco de los procesos de retorno? Para responderse a lo anterior, recorre diversas definiciones de territorio para finalmente plantear una nueva: el territorio entendido como una trama de puntos fijos y trayectos que vinculan una multiplicidad de lugares. En este sentido, el territorio es entendido desde una perspectiva de prácticas cotidianas que buscan la reconstrucción del proyecto social –en el marco del retorno- donde se pone en juego la reconstrucción de memorias como estrategia para (re)significar el lugar marcado por el miedo y la muerte.

Palabras clave: *Desarraigo, retorno, territorio, memorias, vida cotidiana, lugar.*

ABSTRACT

The article begins by posing the question: How to understand the territory as part of the return process? To answer this, runs various definitions of territory to finally put a new one: the territory understood as a network of fixed points and pathways that link multiple locations. In this sense, the territory is understood from a perspective of everyday practices that seek social-reconstruction project in the context of return-which brings into play the reconstruction of memories as a strategy for (re) signify the place marked by fear and death.

Key words: *uprooting, return, territory, memories, everyday life, place.*

Introducción

En el mes de octubre del año pasado el presidente Juan Manuel Santos comentó: “Hemos decidido darle prelación al retorno y a la reubicación, porque necesitamos a nuestros campesinos trabajando la tierra, con vocación y con sudor”. (Citado por el diario el Tiempo, martes 12 de octubre de 2010). Estas palabras y los esfuerzos de la coalición por sacar adelante el proyecto de ley de víctimas que incluye el tema de la restitución de tierras han puesto -de nuevo- sobre el tapete de la discusión pública el tema de la tenencia de tierras en Colombia, su despojo, la pertinencia de una reforma agraria y el aval para apoyar procesos de retorno y reubicación de población que ha sido desarraigada de su territorio por la violencia y el conflicto armado.

El tema resulta de vital importancia si se tiene en cuenta que en Colombia durante los últimos veinticinco años ha sido despojada de su tierra más de cuatro y medio millones de personas (Codhes, en red), lo que coloca a nuestro país en el tercer lugar de los países con las tasas más altas de desplazamiento forzado seguido por el Congo y Sudán (Caicedo, 11). Ahora bien, pese a las intenciones del gobierno por propiciar procesos de retorno, éstos siguen siendo procesos aislados, minoritarios, sin apoyo institucional y sin garantías de seguridad. Según la evaluación de Luz Piedad Caicedo (2006a), los retornos en el país: “fueron reducidos a un suceso, a

un asunto de pobres que pueden sobrevivir con algún ingreso, habitar alguna vivienda y acceder a servicios públicos” (p. 82). Por otra parte, los retornos, para la población desarraigada, terminan siendo la única salida a situaciones de extrema pobreza, desesperanza y pesimismo de una población que no encuentran en la ciudad otra posibilidad más que la mendicidad y el hacinamiento en refugios “temporales” que se vuelven eternos. Así -y de manera forzada por las circunstancias- las poblaciones desarraigadas deciden regresar al lugar marcado por el dolor, por la guerra, por la nostalgia y por la esperanza del “salir adelante”.

Ahora bien, tanto el debate público respecto al tema del retorno, como las acciones gubernamentales y los lineamientos jurídicos asociados a éste, entienden el retorno como un simple volver al lugar de origen. No obstante, retornar no es solamente volver, implica un proceso de reorganización colectiva, de asentamiento en un espacio geográfico y de habitar un territorio. Implica además confrontar cara a cara al terror, a los actores responsables del desarraigo y a un paisaje marcado por el miedo y la muerte. Desde esta perspectiva, retornar no es solamente volver, implica la activación de un proceso colectivo en el que, en primera instancia, es necesario (re)significar el territorio. De esta forma, el retorno exige ser entendido desde una mirada que desborde la idea del “volver al lugar de origen” para incorporar no solamente la pregunta por las posibilidades socioeconómicas

de las poblaciones que retornan sino además, indagar por las geografías, los paisajes, las memorias, las proyecciones del futuro y los procesos colectivos que se construyen en el marco del retorno. Así, surge la pregunta por los procesos de retorno de población desarraigada desde una perspectiva cultural: ¿Qué significa volver al territorio desde esta mirada? De aquí, son múltiples las respuestas que se pueden elaborar teniendo en cuenta la diversidad de significados que tiene el concepto cultura. Para este caso interesa en particular la pregunta que indaga por el territorio, las memorias y las formas en que el recuerdo y el olvido (re)significan el territorio del retorno. Esta propuesta presupone, a manera de hipótesis, que el territorio del retorno es (re)significado mediante la construcción de memorias que ponen en escena -o intentan hacerlo- formas de vida comunitarias. Así, el territorio resulta (re)significado por los recuerdos.

La hipótesis anterior plantea una nueva pregunta: ¿Cómo entender el territorio en el marco de los procesos de retorno? Y es precisamente esta pregunta el objeto de trabajo del presente artículo en el que intentaré ensayar una respuesta. Para esto, organizo mis argumentos de la siguiente forma: primero, señalo mediante diversos ejemplos las formas múltiples en que ha sido entendido el concepto de territorio; posteriormente paso a exponer mi propio concepto de territorio haciendo uso de dos propuestas teóricas, la primera derivada de mis lecturas de

Henri Lefebvre y David Harvey quienes desde una perspectiva marxista proponen la *producción* del espacio determinada por el sistema del capital, y, por otra parte, la concepción de Michel De Certeau de un espacio que es *construido* desde las prácticas del andar. Introduzco acá la perspectiva de Doreen Massey quien habla del lugar entendiéndolo como una relación entre lo global y lo local, en este sentido, interesa la concepción del lugar como una experiencia social localizada pero enmarcada en lógicas globales. Para terminar, introduzco la idea del andar los recuerdos con el fin de conectar mi concepto de territorio con la memoria y los procesos de retorno y así poder responder a la pregunta que orienta el presente artículo.

El territorio o la multiplicidad de lugares

El territorio es un concepto que ha sido trabajado desde diferentes disciplinas, miradas, concepciones políticas, económicas, sociales y geográficas. De allí la dificultad para aprehenderlo y establecer un significado del mismo. Al respecto el geógrafo brasileño Bernardo Mancano Fernandes (2009) ubica la discusión en torno al territorio en la antropología, la sociología y la geografía pero, en particular, destaca la conceptualización que se ha elaborado desde los paradigmas de desarrollo que piensan dicho concepto como una variable económica. En efecto, la teorización en torno al territorio tradicionalmente se ha concentrado

en la geografía, la teoría del desarrollo rural y la antropología. Ahora bien, lo que interesa aquí no es una discusión disciplinar en torno al territorio sino mostrar la forma en que dicho concepto se ha llenado de múltiples contenidos. Para ejemplificar lo anterior recurro a cuatro miradas de territorio que llaman mi atención. La primera proviene de la administración del territorio o la mirada institucional de planeación territorial, la segunda es retomada de la geografía, la tercera es una perspectiva antropológica y la cuarta ejemplifica el territorio desde las políticas culturales (Escobar, 2005) o las luchas por el territorio.

Desde la administración del territorio o su planeación y gestión nos habla el geógrafo Manaco Fernandes quien ubica en esta perspectiva las nociones construidas desde órganos gubernamentales y agencias multilaterales. Teniendo en cuenta lo anterior, el geógrafo brasileño discute el concepto de territorio limitado al desarrollo económico y lo plantea como una construcción realizada desde el espacio geográfico y como producto de las relaciones sociales que se dan en dicho espacio. Ahora bien, para este geógrafo el territorio es representado como una totalidad, en él se inscriben relaciones de poder, económicas, culturales y sociales. En el territorio: “cada institución, organización y sujeto construyen su territorio, su contenido y su poder político” (2009: 41). En esa medida, Mancano Fernandes propone diferenciar dos niveles de territorio de acuerdo a sus grados de

gobernancia: un primer territorio que hace referencia a escalas nacionales, regionales y municipales; y un segundo territorio en el que se ubica la propiedad individual y colectiva. Los dos territorios no son independientes, están en relación constante, no obstante, las relaciones que se dan en estos territorios construyen territorios diferenciados. Así, el territorio resulta de una construcción escalar que va desde la propiedad privada hasta la nación y depende de múltiples relaciones, especialmente relaciones de poder o grados de gobernanza que terminan configurándolo.

La segunda mirada de territorio corresponde a la geografía. Allí ubico el trabajo de Gustavo Montañez y Ovidio Delgado, geógrafos colombianos, quienes conciben el territorio como una construcción social, una expresión de la espacialidad del poder y la materialización de relaciones de cooperación y conflicto (1998, p.1). Para estos autores, el territorio puede ser concebido -siguiendo a Milton Santos- como un espacio geográfico, es decir, un conjunto indisociable de objetos y sistemas de acciones que ha sido construido históricamente. Entonces, el territorio puede entenderse como una extensión delimitada en la que convergen elementos como: relaciones de poder o posesión, soberanía, propiedad o vigilancia, control, prácticas de apropiación y ciertas expresiones materiales o simbólicas. Por ello, Montañez y Delgado recomiendan: “al examinar el problema de la construcción del territorio y de

la territorialidad es necesario hacerlo en una perspectiva espacio-temporal o geohistórica; tener en cuenta las escalas global, nacional, regional y local en que ocurren la dinámica política, los intereses y los conflictos por y en el territorio; los procesos de territorialización y desterritorialización, y reparar en las tensiones entre las distintas escalas. Es pertinente mirar el problema del desarrollo desigual y sus consecuencias sociales económicas y políticas” (Montañez y Delgado, 1998, p, 10).

La mirada antropológica la ilustro desde el trabajo de Herineldy Gómez quien a partir de charlas con grupos indígenas paezes identifica un territorio formado por tres mundos: “el de arriba, el de abajo y el de la mitad, donde habitan actualmente los nasa” (23). En ese sentido, el territorio nasa o paez es aquel donde *todo existe en el kiwe*, en el que a su vez todo es nasa. Así, territorio y comunidad se relacionan íntimamente. Finalmente, desde la lucha por el territorio, encuentro que se habla de un *espacio para ser*. Este concepto se transforma en el eje político que convoca a las comunidades negras del Pacífico colombiano. Para las activistas del Proceso de Comunidades Negras (PCN) entrevistadas por Libia Grueso y Leyla Andrea Arroyo (Escobar y Harcourt, 2007), el territorio es un derecho y una lucha. Estas lideresas construyen su concepto de territorio desde la cultura del Pacífico entendida ésta como un estilo de vida particular (Jenkins, 2002). Así, el territorio se traduce en una serie de prác-

ticas cotidianas (alimenticia, medicinales, de nacimiento y muerte, de circulación, etc.) que tiene como fin consolidar una identidad cultural enunciando desde allí un proyecto de vida colectivo. Por ello, el PCN ha centrado su trabajo en el fortalecimiento de actividades productivas tradicionales, de la organización social y de la identidad pues encuentra en estos aspectos elementos que permiten la defensa del territorio. En este sentido, el territorio es una construcción política, el territorio deviene en política cultural (Escobar, 2005).

Los ejemplos anteriores son una muestra de la forma en que se ha entendido el territorio. Son ejemplo de las múltiples miradas desde las que se ha abordado este concepto que termina funcionando -como diría Grimson a propósito de las fronteras- como concepto, metáfora u objeto. Más allá de las discusiones que se esfuerzan por darle contenido al territorio a mí me interesa, en particular, las prácticas que llenan de significado el territorio entendiendo este último como una construcción cultural y política que se realiza desde la cotidianidad. Esto, porque considero que las formas mediante las cuales se construye el territorio pueden proveer elementos para pensar y definir el territorio. Así, un enfoque desde las prácticas y la vida cotidiana me invita a pensar el territorio contemplando la experiencia y las prácticas sociales. Ciertamente, el territorio puede ser concebido desde una experiencia de territorialidad o de las “lealtades al territorio” (Delgado

y Montañez, 1998), es decir, prácticas que originan su apropiación y delimitación: “La territorialidad se asocia con apropiación y ésta con identidad y afectividad espacial, que se combinan definiendo territorios apropiados de derecho, de hecho y afectivamente”. (Delgado y Montañez, 5). Así, el territorio puede considerarse como expresión de la experiencia social. Ahora bien, dicha experiencia resulta determinada por una serie de factores que la producen: economía regional, circuitos de producción global, medios de comunicación, capitales sociales y culturales, agencias colectivas, conflicto armado, entre otros. Entonces, el territorio se ve enmarcado en una serie de relaciones que involucran -además de experiencias cotidianas- formas de producción del espacio (Lefebvre, 1974; Harvey, 1990), relaciones de poder e interacciones globales-locales. En esa medida, el territorio no puede ser entendido solamente desde la experiencia social cotidiana que lo construye ni exclusivamente desde los factores estructurales que lo producen, es necesario proponer una concepción de territorio que lo conciba desde su *construcción/producción*. Así, para realizar la vinculación entre la construcción del territorio y su producción resulta interesante hablar del territorio en términos del lugar. Para esto, es necesario aclarar que cuando hablo del lugar estoy haciendo referencia a espacios que han sido significados por la experiencia social a través de prácticas cotidianas, es decir, los espacios que en términos individuales y colectivos importan; en general, cuando hablo del

lugar me refiero a espacios vivenciales concretos. En esta medida, el territorio estaría conformado por diversos lugares.

Ahora bien, al hablar de lugar no estoy haciendo referencia a miradas o vivencias cifradas exclusivamente en lo local, hablo de relaciones espaciales que se construyen escalaramente y que vinculan al lugar con experiencias más amplias de circulación y representación (Escobar y Harcourt, 2007, Massey, 1994). En este sentido, el lugar no puede ser concebido si no se tiene en cuenta el marco social de interacción actual: un mundo cada vez más globalizado. Así, el lugar -como lo plantea Doreen Massey- debe entenderse desde una relación espacial que vincula lo local con lo global. Esto significa no perder de vista la variedad de culturas, lugares y personas que viven el espacio y se relacionan con él; tampoco desconocer los procesos de globalización en los que se ve inmerso el mundo contemporáneo. En términos de territorio las relaciones global-locales de las que habla Massey son evidentes en la puja por el desarrollo del campo, por la conservación de la biodiversidad, la discusión transnacional respecto a la autonomía de los pueblos indígenas, las políticas internacionales de erradicación de cultivos ilícitos, etc.

Estas experiencias no se quedan solamente en un plano global pues transitan hacia planos locales llegando incluso a modificar sus paisajes: “El paisaje del agronegocio es homogéneo; el del campesino heterogéneo. La composición

uniforme y geométrica del monocultivo se caracteriza por la poca presencia de población (...) el paisaje del territorio campesino se caracteriza por la presencia notoria de la población, porque allí y en él viven sus existencias produciendo alimentos” (Mancano Fernandes, 43). Entonces, entender el territorio desde la perspectiva de los lugares que lo conforman es una perspectiva que no está completa si no se realiza desde una mirada escalar que involucre tanto la construcción local del espacio como las formas en que la inmersión en relaciones globales producen el espacio. Esta sería una perspectiva relacional que involucra tanto la producción de espacio como su construcción. En esa medida, estaría haciendo caso a la recomendación de Montañez y Delgado cuando señalan: “al examinar el problema de la construcción del territorio y de la territorialidad es necesario hacerlo en una perspectiva espacio-temporal o geohistórica; tener en cuenta las escalas global, nacional, regional y local en que ocurren la dinámica política, los intereses y los conflictos por y en el territorio; los procesos de territorialización y desterritorialización, y reparar en las tensiones entre las distintas escalas. Es pertinente mirar el problema del desarrollo desigual y sus consecuencias sociales económicas y políticas” (10). Así, mi propuesta para entender el territorio radica en observar las formas mediante las cuales los lugares que conforman el territorio son significados por las prácticas cotidianas (construcción del territorio); lo anterior

teniendo en cuenta que dichas prácticas se encuentran inscritas en relaciones espaciales que desbordan lo local.

En sí, mi propuesta se basa en entender el territorio como una multiplicidad de lugares significados desde la cotidianidad.

El territorio o la multiplicidad de lugares

Entender el territorio como una multiplicidad de lugares significa reconocer, por una parte, que el lugar no es una experiencia netamente local y, por otra parte, que el lugar se construye a partir de gran variedad de experiencias sociales. En este sentido, resulta pertinente enunciar el territorio no desde el singular, como una experiencia, sino desde el plural, como diversas experiencias. En este sentido opto por hablar del territorio como una multiplicidad de lugares. ¿Cómo? Para explicar esta propuesta recurro a una anécdota.

Para el año 2008 me encontraba en la región de Montes de María elaborando una serie de talleres de cartografía social con jóvenes en situación de desplazamiento que se ubicaban en diferentes municipios de esta región¹. Antes de iniciar la primera ronda de talleres al equipo coordinador nos asaltaron una serie de dudas: ¿Sobre qué territorio indagar: el de antes, el que

¹ Los talleres se realizaron en los municipios de: María la Baja, Palenque, San Juan, San Jacinto, El Carmen de Bolívar, Zambrano y Ovejas

dejaron con el desplazamiento, el de ahora o el que imaginan para el futuro? ¿Cómo preguntarle a la población en situación de desplazamiento –es decir que ha sido obligada a abandonar su territorio- por el territorio? ¿Resulta este ejercicio pertinente? Ante el agobio y la duda se decidió una salida fácil: preguntar simplemente por el territorio y atreverse a preguntar. Los resultados del ejercicio fueron una serie de dibujos en los que aparecían lugares: casas, iglesias, parques, calles, colegios, etc. algunos de estos lugares correspondían a la vereda o municipio del cuál estos jóvenes habían sido desplazados, otros eran la recreación de los lugares en los que viven actualmente. Al preguntar por los lugares dibujados en los mapas encontré respuestas como las siguientes:

- Colegio. Lo elegí porque representa superación personal.
- Sede de la Cruz Roja. Es un sitio que me agrada mucho y estoy haciendo un curso y he ayudado a muchas personas y me encanta.
- La Iglesia. Porque me parece que es un espacio lleno de paz, armonía, fe, lleno de esperanza.
- El río. Porque además de facilitarnos el agua nos da la comida porque de ahí extraemos el pescado, además es un lugar muy tranquilo.
- El Ponchado. Colocamos el juego del ponchado porque es una cancha donde nosotros jugamos.
- Árbol. Porque me gusta, es fresco y me gusta estar ahí.

La experiencia anterior me mostró un territorio dibujado a partir de lugares y significados. De esta forma, al referirse a sus territorios estos jóvenes me hablaron de vivencias, actividades, recursos, percepciones, sensaciones, etc. Así, al hacer mención al colegio, por ejemplo, se mencionaban también las posibilidades –o imposibilidades- de estudiar cuando se encontraba en una situación de desplazamiento, las esperanzas que se cifraban en el estudio, los sueños futuros y las estigmatización que se sufría en la escuela por ser “desplazado”. A la vez se comentaban otros aspectos relacionados con el espacio: el trayecto de la casa al colegio, las características de la escuela en tanto edificación, los lugares que más se disfrutaban, los lugares en los que se sentía miedo, etc. Ahora bien, la referencia a la escuela llevaba inmediatamente a otra referencia: la casa, la iglesia, el río, etc. Y con cada referencia se construía una trama de significados y de experiencias.

De esta forma lo que encontré fue un territorio configurado a partir de diversos lugares que se relacionaban los unos con los otros mediante una serie de tránsitos: espaciales, discursivos o imaginados. Lo anterior me llevó a pensar el territorio desde la metáfora de una red que se teje con hilos de distintos colores. Cada color representa una historia, una vivencia, una experiencia o un tránsito. Así, lo que resulta determinante en la red son los diversos hilos y los puntos en los que se cruzan, se enredan, se distancian, etc. De esta forma logré concebir el territorio

como una red conformada por multiplicidad de lugares.

Esta percepción del territorio como una construcción que se realiza desde puntos fijos -los cruces, los enredos, las vivencias- y a partir de los tránsitos que se dan entre dichos puntos –los recorridos, las distancias, las enunciaciones- se inspira en la invitación que hace Michel De Certeau de escaparse de las “totalizaciones imaginadas del ojo” (2002, p. 105). Ciertamente, cuando De Certeau inicia su texto “Andares de la ciudad: mirones o caminantes” (2000) nos muestra –a propósito- un panorama ambicioso que solo se puede lograr observando desde el piso 110 de un rascacielos (ya desaparecido) ubicado en Manhattan: el World Trade Center. Desde allí el observador juega a ser Dios y a mirar desde “arriba” y desde “afuera” sin involucrarse. Dicha mirada, para De Certeau, resulta en un simulacro que propone la posibilidad de olvido y el desconocimiento de las prácticas, omite a la vez, el poder y las resistencias que se dan desde un espacio urbano concebido de una forma por el diseño de la ciudad (el poder impuesto) y por otra desde los atajos que crea el transeúnte mientras camina (la resistencia). La invitación de De Certeau es la de fijarse en las otras espacialidades que solamente son posibles de evidenciar mediante el espacio vivido por el caminante: desde el andar como un espacio de enunciación (De Certeau, 2000). Entonces, es en el tránsito o en el andar donde se evidencian las prácticas espaciales que tienen sentido

para el transeúnte pues a partir de ellas se vive el territorio, se le dibuja, se le da significado.

Así, para De Certeau es posible encontrar en el andar una retórica propia del espacio que le enuncia, lo recorre, lo apropia y lo transforma. En efecto, De Certeau señala que los tránsitos peatonales pueden compararse con un acto de habla, mejor aún, con un acto de enunciación. Esto porque encuentra relaciones entre los tránsitos y la enunciación. El primero, en comparación con el segundo, resulta en un proceso de apropiación del sistema topográfico, en una realización espacial del lugar y en un contrato pragmático bajo la forma de movimientos. Ahora bien, la enunciación realizada desde los tránsitos por la ciudad presenta tres características distintivas respecto a su sistema espacial: lo presente, lo discontinuo y lo fáctico. A través de estas características el transeúnte se inserta en el orden espacial para actualizarlo o desafiarlo: “los atajos, desviaciones o improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales” (De Certeau, 110). Así, y a pesar de los esfuerzos de la planeación urbana, son los andares del transeúnte los que configura la ciudad. Esta idea puede ser trasladada a contextos poco urbanizados como municipios, corregimientos o veredas del país en los que el andar por el campo es lo que configura el territorio: el transitar resulta una experiencia social y una práctica cotidiana que construye la multiplicidad de lugares. Ahora bien,

¿Cómo transitar un lugar marcado por el miedo y la muerte?

Andar los recuerdos

Para interrogar los procesos de retorno de población que ha sido expulsada violentamente de su territorio me es útil entender dicho concepto como una multiplicidad de lugares que se relacionan entre sí a través del tránsito o el andar. Ahora bien, como lo he comentado anteriormente, el lugar debe entenderse desde los tránsitos entre lo global-local y desde una perspectiva de construcción/producción del espacio. Así, el tránsito por el territorio se traduce en la práctica mediante la cual se construye el espacio y se significa el lugar. Esto, en el marco de unas condiciones estructurales que determinan el espacio, es decir, lo producen. De esta forma, puedo señalar que los tránsitos en diversos territorios colombianos no son libres o espontáneos, tampoco controvierten el orden espacial diseñado por la economía global o por la violencia. Lo contrario, los tránsitos por el territorio se ven restringidos, limitados o expulsados de forma violenta.

Es lo que sucede con el desplazamiento forzado, situación en la que se desarraiga al campesino de su tierra, de sus lugares y de sus andares. Con la violencia el territorio resulta “vaciado” de experiencia social. Ahora bien, esta situación parece controvertirse mediante los procesos de retorno de población desplazada. A mi parecer, los procesos de retorno propician

la construcción de territorio a partir de la instalación de un proyecto colectivo que se vuelve a inscribir en el espacio geográfico. Así, volver al territorio se convierte en sinónimo de construir, o mejor aún, de (re)significar el territorio.

Para entender lo anterior, es necesario señalar que volver al territorio significa por lo menos tres cosas: 1) enfrentarse con los fantasmas de la violencia, 2) reconstruir el tejido social y la vida cotidiana y 3) inscribirse en circuitos económicos e institucionales que determinan –producen– el territorio. En esa medida, el territorio del retorno es un territorio que se construye a partir de la (re)significación de la experiencia social. Esta construcción no resulta fácil pues la experiencia social en estos contextos está relacionada con el trauma y el dolor. Entonces, ¿Cómo transitar un lugar marcado por el miedo y la muerte? Reconstruyendo la vida, parecen responder las poblaciones retornadas.

En efecto, lo primero que hace la población retornada cuando vuelve a su territorio es tratar de recobrar su vida cotidiana: sus casas, sus cultivos, sus fiestas, sus rutinas, sus costumbres, etc. No obstante, este volver a empezar no es sencillo. El lugar del retorno está “repleto de cualidades, pero poblado de fantasmas” (Bachelard citado por Foucault, 435). Ciertamente, el territorio del retorno está marcado por el miedo, los graffiti amenazantes, las fosas comunes y la ruptura de los lazos de solidaridad.

En este territorio perduran las marcas de la violencia y del terror de lo que pasó. Así, volver al territorio es encontrarse de frente con la violencia y sus formas de inscribirse en el espacio, lo que Ulrich Oslender denomina geografías del terror (2006). Ahora bien, este contexto es el que precisamente la población retornada intenta a (re)significar para transitar por un lugar marcado por el miedo y la muerte. ¿Cómo? Mediante la emergencia de la memoria.

Cuando la población retornada intenta retomar su vida como era antes lo que está haciendo es planteando un proceso de memoria colectiva: volver al pasado para plantear el presente y proyectar el futuro. Ahora bien, la memoria que se pone en juego no es solamente un ejercicio de recordar pues éste “involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas” (Jelin, 1). El habitar el territorio abandonado a causa del conflicto implica de esta forma una revisita al pasado, un enfrentarse con el dolor, el miedo y la muerte pero apostar, al mismo tiempo, por un proyecto de vida colectiva: se hace una apuesta en la que se propone establecer límites sociales y formas de identificación materializados en formas de asociación, de vecindad y de relaciones con el territorio (Barth, 1976). Por ello, activar formas de producción tradicionales campesinas como el pan coger, asociarse para reclamar la garantía de derechos y celebrar fiestas tradicio-

nales resultan de vital importancia en los procesos de retorno. Con toda esta dinámica lo que la población retornada hace es otorgarle otros significados a los lugares que resultaron vaciados por la violencia: es posible habitar la casa desalojada, cultivar en la tierra abandonada, celebrar por las calles del miedo.

Ahora bien, la memoria entendida como un proceso que permite significar el pasado resulta en un viaje por hitos que son necesarios de rememorar, momentos que sucedieron en lugares y que los marcaron. En ese sentido, el viaje por los recuerdos es un tránsito por diversos lugares, es un *andar los recuerdos*: “proceso de búsqueda de aquello que merece ser recordado, el ritual con los amigos y parientes se convierte en un camino (en un andar) o medio privilegiado, en milieu de mémoire –y retomo los conceptos de Pierre Nora (1994)-, para el establecimiento de nuevos milieu de mémoire: aquellos “lugares” –sitios, eventos, objetos de formas múltiples y heterogéneas, cambiantes tanto en el tiempo como entre las personas- cargados de significación moral que afirman las “estructuras del sentimiento” individuales y colectivas: “lugares” esenciales en la configuración de ejes donde habrán de quedar atadas las relaciones” (Quintín, p. 251).

Así, la población retornada comienza a relacionarse con un espacio en el que, a partir de la memoria, teje un territorio. Al recordar cómo era la casa, cómo se vivía en ella, cuál era su disposición y

al tratar de volver a vivir en la casa de los recuerdos, las memorias se trasladan de la enunciación personal hacia la enunciación espacial, se inscriben en el espacio vacío por causa de la guerra llenándolo del contenido del recuerdo: “cuando en un sitio acontecen eventos importantes, lo que antes era un mero espacio físico o geográfico se transforma en un lugar con significados particulares, cargados de sentidos y sentimientos para los sujetos que lo vivieron (...) cobran nuevos y complejos sentidos cuando lo que se recuerda no es sólo lo vivido sino también las memorias posteriores a lo vivido” (Jelin, 2001a: 3). De esta forma, la casa adquiere un significado que va más allá de la vivienda; la casa que alguna vez estuvo abandonada, es desmontada y adecuada para volver a vivir en ella: tratar de vivir como se vivía antes. La casa se convierte así en el primer eje o punto fijo sobre el que se comienza a tejer el territorio.

Un segundo punto que puede ubicarse en la red que construye el territorio son los lugares de producción o las tierras de cultivo. La primera actividad que realiza la población retornada es la de cultivar para poder alimentarse. La tierra se arregla, se siembra, se abona y se cuida para que dé cosecha, producción de la cual depende en gran medida el éxito o fracaso de un proceso de retorno. Los cultivos que se han perdido y las tierras abandonadas dan cuenta de las marcas de la violencia. No obstante, el paisaje que deja ver asomándose tímidamente las

primeras hojas del cultivo de la yuca, el maíz, el ñame o el tabaco es muestra de la persistencia de la población retornada. Persistencia que se traduce en la terca voluntad de volver y de quedarse en un espacio vacío que llenan de contenido a través de las prácticas cotidianas, en las que, por supuesto, la celebración no queda por fuera. En efecto, el tercer punto sobre el que la población retornada teje su territorio es la (re)significación de los espacios de encuentro colectivo y celebración: la iglesia, los parques o plazas, las calles de las procesiones religiosas, etc. Así, además de retomar rutinas de vivienda y producción, la población retornada revive las conmemoraciones, eventos y festividades que fueron importantes en el pasado y que resultan en una fuente para revitalizar la idea de lo colectivo en el presente. Al celebrar de la misma forma en que se celebraba antes la población retornada traslada la memoria del lugar de enunciación al espacio geográfico: la calle sobre la que desfilaba la procesión de la virgen, que se convirtió en espacio vacío por la violencia, vuelve a tomar significado cuando la procesión vuelve a realizarse: con cada recorrido, con cada paso, con cada recuerdo, el espacio se convierte en el lugar de la experiencia social. Lo mismo sucede con la cancha de fútbol donde vuelve a realizarse el torneo inter-veredas, la iglesia o la casa de Juana donde se celebran las mejores novenas decembrinas. De esta forma, y a partir de la (re)significación de puntos fijos y su conexión mediante tránsitos, la memoria propicia la construcción del

territorio del retorno: una multiplicidad de lugares que se entrelazan gracias al andar los recuerdos.

Ahora bien, andar los recuerdos no es un proceso fácil, armónico o exento de poderes e intereses. Como lo señala Pilar Riaño (200), las memorias se inscriben en los lugares como capas de palimpsestos en las que coexisten memorias dolorosas, de muerte y guerra, junto a memorias de encuentros, mitos y experiencias grupales (24). En ese sentido, la construcción del territorio a partir de los procesos de retorno tampoco resulta armónica pues la construcción del territorio no siempre va de la mano con la solidaridad, la resistencia y las memorias de tiempos mejores. Con el retorno emergen también intereses individuales o grupales que no representan necesariamente lo sentires colectivos en términos de lo que es preciso recordar y/o olvidar; la irrupción de la oferta institucional y de diferentes ong's trasladan al territorio discursos asociados con memorias "emblemáticas" o monumentalizadas que no se corresponden con las memorias que construye la población. Inicia una lucha desde diferentes ámbitos por imponer una memoria colectiva, por identificar espacios significativos y por construir lugares. Así, la significación de los lugares que conforman el territorio deviene en un proceso político en el que se lucha para imponer un proyecto colectivo (Mouffe, 1991). Esto, sin lugar a dudas, hace pensar que el andar los recuerdos no es solamente un proceso de significar un lugar, es un proceso político

que está asociado a diversos factores de producción y reproducción del espacio. Así, siguiendo a Henri Lefebvre y David Harvey (1990), puedo señalar que el territorio que se produce a partir de los procesos de retorno es un espacio (para mí un lugar) que no es ajeno a las ideologías y los procesos políticos, el territorio es el resultado de variadas determinaciones que lo constituyen en el significante del texto social, un texto social complejo y contradictorio.

Por ello, no es posible pensar desde un sentido unívoco del espacio puesto que las prácticas que dan forma al espacio pueden ser tan variadas como la experiencia social misma (Lefebvre y Harvey). Esta variedad produce una serie de confrontaciones por la apropiación, el uso y el significado del espacio que proponen una mirada hacia la producción/construcción del espacio que contemple las luchas que se inscriben en él y las relaciones poder/resistencia presentes en el contexto.

De esta forma la propuesta de estudiar el territorio del retorno como una multiplicidad de lugares que se producen/construyen desde el andar los recuerdos toma sentido como apuesta política. Para ello es necesario concebir las prácticas cotidianas como fuentes de confrontaciones, de luchas, de resistencias. Así, el andar los recuerdos, en tanto práctica de significación del lugar, resulta en una lucha cotidiana por inscribir en el espacio ciertas memorias, ciertos recuerdos, cier-

tos hechos que resultan rememorables. Así, lo que resulta pertinente para pensar los procesos de retorno es la pregunta por la memoria y su relación con la producción/construcción del territorio, al decir de Elizabeth Jelin: “lo que intentamos comprender no es solamente la multiplicidad de sentidos que diversos actores otorgan a espacios físicos en función de sus memorias, sino los procesos sociales y políticos a través de los cuales estos actores (o sus antecesores) inscribieron los sentidos en esos espacios –o sea, los procesos que llevan a que un espacio se conviertan en un lugar-” (2001a, p.3).

Entonces, los procesos de retorno proponen una experiencia de construcción territorial que no se agota en la movilidad sino que también ubica puntos fijos a partir de los cuales se va tejiendo una red de significados, apropiaciones e identificaciones. Todo este proceso se realiza de forma localizada, colectivamente y en la vida cotidiana, lo que permite –siguiendo a De Certeau- abandonar la lógica del observador que mira desde “arriba” y del “afuera” para advertir de esta forma el cómo las prácticas del andar controlan lógicas impuestas por el terror y la guerra. De esta forma, el andar los

recuerdos resulta en una apuesta política por movilizar proyectos colectivos desde las luchas por las memorias, la vida y los lugares: “Muchas veces, lo que se intenta construir no es algo nuevo, sino que se agrega una nueva capa de sentido a un lugar que ya está cargado de historia, de memorias, de significados públicos y de sentimientos privados. Generalmente, no hay un proyecto de rememoración explícitamente formulado, sino que el devenir de la acción humana incorpora nuevos rituales y nuevos significados al ya cargado lugar” (Jelin, 5).

Referencias

- Barth, F. (1976) Los grupos étnicos y sus fronteras. Introducción y Los Pathanes: su identidad y conservación. México: Fondo de Cultura Económico.
- Caicedo, L., Manrique, D., Millán D y Pulido, B. (2006). *Desplazamiento y retorno. Balance de una política. Retornos sin principios, desplazamientos sin final. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Publicaciones ILSA. Bogotá.
- Caicedo, L., Manrique, D., Millán D y Pulido, B. (2006a). *Espirales del desplazamiento. El retorno a Bojayá, Chocó. En: Desplazamiento y retorno: Balance de una política. Evaluación de la política de retorno del gobierno Álvaro Uribe*. Publicaciones ILSA. Bogotá.
- Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento CODHES. (2010) *¿Salto estratégico o salto al vacío?* Boletín informativo No. 76. Bogotá. Recuperado: septiembre de 2010 en: http://www.codhes.org/index2.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=145&Itemid=50
- De Certau, M. (2000) *La invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. México D.F.
- Escobar, A (2005). Más allá del tercer mundo. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/6147069/Mas-Alla-Del-Tercer-Mundo>
- Escobar, A y Harcourt, W. (2007). *Mujeres y políticas de lugar. Programa universitario de estudios de género*. Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México.
- Foucault, M. (1986). "Of Other spaces". *Diacritics* 16 (1):22-27. <http://www.fractal.com.mx/RevistaFractal48MichelFoucault.html>
- Grimson, A. (2000). **"¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?"**. En: *Fronteras, naciones e identidades*. La periferia como centro. Buenos Aires: CICCUS.
- Gómez, H. (N.F) **De los lugares y sentidos de la memoria**. En: Zambrano, M. (Ed). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. El pasado como política de la historia. ICAHN. Bogotá.
- Harvey, D. (1990). *"Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination"*. *Annals of the Association of American Geographers*, 80, 3: 418-434. En <http://www.jstor.org/stable/2563621>
- Jelin, E. (2001). *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno editores, España.
- Jelin, E y Langland, V. (Comp.) (2003). *Monumentos, memorias y marcas territoriales*. Siglo XXI Editores. Madrid.
- Jenkins, R. (2002) **Imagined but Not Imaginary: Ethnicity and Nationalism in the Modern World**. En: Jeremy MacClancy, *Exotic No More*, Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Quintín, P. (1999) *Memorias y relatos de lugares: a propósito de una migrante de la costa Pacífica en Cali*. En: Camacho Juana, Restrepo Eduardo (Editores) *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidad de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura, Ecofondo e Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.
- Lefebvre, H. (1974) 2003. "Introduction". En *The Production of Space*. Malden: Blackwell.

- Mancano Fernandes, B. (2009). Territorio, teoría y política. En: Lozano y Ferro (Ed.) Las configuraciones de los territorios rurales en el siglo XXI. Editorial Universidad Javeriana. Bogotá.
- Massey, D. (1994) . “**A global sense of place**”. En *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press. <http://www.unc.edu/courses/2006spring/geog/021/001/massey.pdf>
- Montañez, G y Delgado, O. (1998). “**Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional**”. *Cuadernos de Geografía*, Vol. VII, No. 1-2. En: http://www.geolatinam.com/files/montanez_y_delgado.1998.pdf. [Enero 16 de 2009].
- Mouffe, C. (1999) *El retorno de lo político*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- Oslender, U. (2006) **Des-territorialización y desplazamiento forzado en el Pacífico colombiano: la construcción de “geografías de terror”**. En: Herrera Gómez y Piazzini Emilio (Editores) (Des) territorialidades y (No) lugares. *Procesos de configuración y transformación social del espacio*. La carreta Social e Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia. Medellín.